

Esta olímpica seguridad, sumada a una formación errática y a una modestia de expresión que podríamos calificar de esencialmente humilde, hacen de este fugitivo de la tierra que se entrega a las agitaciones del océano y la escritura, un caso ejemplar y, en consecuencia, único, en las letras de nuestro tiempo. Quiero decir: del tiempo que él contribuyó a definir.

Teoría literaria y crítica de la cultura, *Wlad Godzich, traducción de Josep-Vicent Gavaldá, Cátedra, Madrid, 1998, 341 pp.*

Una variopinta miscelánea de artículos con una introducción panorámica y la colaboración de Nicholas Spadaccini en temas hispánicos, constituyen este volumen. La tónica se desliza de la decadencia de la teoría a las restricciones presupuestarias en materia de humanidades durante el gobierno de Reagan, Jauss y su estética de la recepción, Adorno y su teoría socio-crítica, la oposición entre Américo Castro y José Antonio Maravall, la cultura popular o así llamada, la desaparición del narrador en la novela contemporánea, Todorov y su narratología, el análisis del discurso, el pensamiento político de Paul de Man (cuidadosamente olvidado u ocultado por Paul de Man), la actualidad de la semiótica, la

modernidad como ideología de la aventura, Certeau, la literatura comparada y las literaturas emergentes.

El hilo rojo que cose esta amplia recorrida, es la modernidad en crisis observada desde el nihilismo radical de la línea que une a Nietzsche con Paul de Man. Este último es la referencia fuerte y constante de Godzich. En efecto, la crítica a la modernidad desde una perspectiva nihilista se centra en la dicotomía insalvable entre pensar y ser (y su última consecuencia: la negación de la historia y la inexistencia radical de la verdad, siquiera como proceso histórico de su construcción infinita, diálogo permanente entre los interlocutores del devenir). Se plantean, así, las riesgosas paradojas de aquellos clásicos: ¿es verdad que la verdad no existe? ¿es ficticia la construcción del lenguaje que afirma el carácter ficticio de todas las construcciones del lenguaje? ¿puede criticar el lenguaje a las ideologías después de ser el gran constructor de ideologías?

La heredad de las palabras, *Claude Esteban, traducción de Juan Abeleyra, Hiperión, Madrid, 1998, 146 pp.*

Poeta, ensayista, crítico de arte, traductor del español al francés, Claude Esteban encara en este libro el relato de dos contradicciones obsesivas que animan su memoria

de adolescencia: la oposición entre el realismo y el simbolismo, y la identificación conflictiva con la cultura francesa y la española. Como indica el título original (*partage des mots*, partición, reparto o división de las palabras) el lenguaje es algo escindido y portador de una marca de vacío y carencia, algo fallido desde el punto de vista del ser. Por ello, las palabras pueden alcanzar su propia entidad, su propio ser, y es entonces cuando se tornan poéticas. En este hallazgo encuentra, a su vez, Esteban, la sutura a sus conflictos.

No estamos antes unas memorias puntuales, en las que sea posible seguir la huella de una época o la galería de una población recuperada por el recuerdo. Apenas tenemos noticias de personajes determinados —el padre, un profesor de literatura— o de la turbulencia histórica que significaron la guerra y la ocupación alemana de Francia. Esteban evoca, más bien, el vértigo que le produjo descubrir que las palabras no se correspondían con un mundo que, sin embargo, sólo podía ser nombrado pro ellas, y cómo buscó resolverlo por la religión y las ciencias exactas. Aquélla —mejor dicho: Pascal— ofrecía una «garantía improbable». Las otras, un simulacro de mundo. El consuelo llegó un amanecer, un mallarameano amanecer en que lució la luz tenue y secreta de la revelación poética.

No es difícil imaginar que uno de los caminos a seguir por Esteban era

el hispanismo. Por razones de familia y, sobre todo, por el descubrimiento de la verdadera familia, la morada de la palabra dentro de la palabra y sus moradores originales, que fueron Góngora y Quevedo para aquel adolescente desolado ante la comprobación de que *fourchette* y *tenedor*, siendo significantes distintos y de divergente valor poético, designaban un mismo objeto tangible.

Vasco de Gama, *Sanjay Subrahman-yam*, traducción de Juan Pedro Campos, crítica, Barcelona, 1998, 366 pp.

Vasco de Gama, como Cristóbal Colón, aunque en menor medida por la mayor abundancia de documentos, ha sido vapuleado entre la historia y la leyenda. Atrevido capitán, avezado mareante, infalible conductor, lleva sobre el otro la ventaja de aparecer en uno de los grandes poemas modernos, *Os Lusíadas*. La ópera lo hizo cantar en francés y la leyenda negra lo ha puesto de genocida prenazi.

El autor, por la parte que le toca (es indio de origen) intenta comprender sin juzgar, al tiempo que evita novelorías para rellenar los huecos informativos. Así, el almirante y virrey aparece como un conductor racional, frío y, en ocasiones, cruel, con un sentido práctico y maquiavélico de la expansión colonial. Frente a los delirios mesiánicos

y megalomaniacos del rey Manuel, aconsejó desmontar fortalezas y frecuentar el comercio con los reyezuelos y sultanes locales, evitando gastos excesivos y ruinosos.

Paralelamente, Subrahmanyam deflaciona la gloria de los navegantes portugueses, que nunca se alejaron de las costas y cuya cartografía y arte de marear no pasaban de modestas en comparación con las castellanas e italianas.

La tarea del biógrafo se multiplica. Debe establecer las pruebas documentales, contar los fragmentos de una vida, describir y traducir la leyenda, repasar y criticar la obesa bibliografía depositada sobre el señor de Vidigueira, sin soslayar la desopilante historia de sus huesos apócrifos depositados en los Jerónimos de Belem.

La minucia informativa no impide leer el libro con fluidez de relato, a la vez que la ponderación del autor permite al lector moverse con libertad entre las distintas interpretaciones propuestas a lo largo de los siglos. Porque hay que ver lo prolongada que es la vida de ciertos muertos como Vasco de Gama.

Picta Historia, Lettura di Montaigne e di Nietzsche, Nicola Panichi, Quattro Venti, Urbino, 1995, 240 pp.

Nietzsche invocaba a Montaigne y lo convertía en su precursor. Hoy

oímos a Montaigne percibiendo el eco que despertó en Nietzsche. Tales son las astucias de la historia, que vuelve sobre sus pasos para averiguar por dónde anduvo. El libro de Panichi, un ensayo de clara intención tética, que sirve, además, para examinar el estado de la cuestión de ambos pensadores a través de un infatigable recorrido bibliográfico, apunta a subrayar la importancia de la historia, ante todo en Montaigne. No la historia providencialista heredada del Renacimiento (Montaigne estimaba escasamente las herencias aunque no las querencias) sino la historia como el arte de vivir, considerando el presente como absoluto, a la vez que misterioso. Nunca estamos donde somos: esta distancia es la que permite intentar un saber cierto de una materia incierta, que es la historia.

Panichi, en otro orden, trabaja para disipar algunos tópicos. El del relativismo moral monteñano, por ejemplo. Montaigne creía en la razón única y universal, cuya diversidad hace que ninguna de sus manifestaciones coincida perfectamente con ella. Por eso es pluralista, pero no relativista. Y otro tanto pasa con el nihilismo nietzscheano, que se resuelve en la moral contraria, la ética de la plenitud vital que busca ser la unidad de lo existente y su sapiencia, en un mismo acto de afirmación de la vida.

En otro orden, el autor examina lo que significan para ambos los clásicos

cos, en cuyo dominio viven pero sin depender de ellos. Y esta clave sirve para echar una mirada a otra constante del inteligente libro compuesto por el profesor de Urbino: los clásicos valen en tanto nos dicen algo llegando hasta nosotros y no obligándonos a buscarlos en el panteón de los cánones. Es lo que pasa con estos pintores de la historia, narradores de la fugitiva verdad, que fueron y son Montaigne y Nietzsche.

Defensa apasionada del idioma español, Alex Grijelmo, *Taurus*, Madrid, 1998, 295 pp.

Varias preocupaciones llevaron a Grijelmo hasta este libro: la decadencia de la escritura, que desvincula lo que oímos y lo que vemos del lenguaje verbal; el empobrecimiento del léxico en el uso corriente; los errores sintácticos y lógicos que suelen ornar la prosa de los periodistas y demás comunicadores; la mala pronunciación que se nos espeta desde la radio y la televisión; la contaminación del español por otras lenguas; la dispersión que atenta contra la unidad de la lengua; los eufemismos que acaban en idiotismos; etcétera, por afinidad.

El minucioso bestiario de ejemplos que despliega en sus páginas vale para probar lo que dice, en buena medida ya sabido y criticado a diario. A veces, su celo exagera las cosas y no deja ver la diferencia, necesaria en toda vida de los signos, que hay entre el código de la lengua (una abstracción) y la realidad palpitante de la palabra encarnada (el habla). Lo mismo en cuanto a la unidad de la lengua española, que en verdad es una generosa familia de idiomas con una referencia teórica que recibe aquella denominación.

¿Hemos perdido una riqueza que nunca tuvimos? ¿Alguna vez se habló el español mejor que ahora o siempre hubo atentos lectores que se espantaron de la realidad oral de nuestra lengua? Es muy saludable este rapapolvo que nos lanza Grijelmo, aunque no conviene olvidar que el habla es vida y se sobrepasa constantemente a sí misma, como siempre ocurre con la vida. Su creatividad choca siempre con la norma, la excede por necesidad. Luego viene el científico y distingue la invención racional de la irracional. Sin olvidar, en cualquier caso, que hablamos y escribimos un latín mal hablado y mal escrito, eso que Borges denomina «un ilustre dialecto» del latín.

B.M.